

“LA LITURGIA PARA VIVIR - VIVIR PARA LA LITURGIA”
Mons. Ricardo Ramírez, C.S.B.
Obispo de Las Cruces
Conferencia Hispana para Músicos Pastorales
Houston, Texas - 7 de julio 2005

Introducción

Gracias por invitarme. Houston es una ciudad muy especial para mí. Aquí fui ordenado en la Parroquia de Sta. Ana. Aquí en la Universidad de Sto. Tomás, además de estudiar la filosofía y algo de teología, empecé a experimentar los principios de la liturgia renovada. En la antigua capilla de la universidad, celebramos por primera vez la vigilia pascual restaurada. Sobre todo aquí en Houston fue donde mi abuelita “Panchita” tuvo su encuentro final y definitivo con el Señor.

Unas pocas semanas antes de su santa muerte, me habían anunciado obispo auxiliar de San Antonio. Antes de una fiesta le pregunté a mi abuela - tenía 90 años de edad - qué hacía para divertirse. Me dijo que iba a funerales. Le pregunté “¿Cómo puede divertirse en un funeral?” Y ella me contestó, “Hijo, ¿qué todavía no has aprendido que morir es un privilegio?” Realmente en todos mis estudios, nunca se me había puesto la muerte en esos términos.

Cuando la vi por última vez, ella me dijo, “¡Quiero ver el rostro del Señor! ¡Sólo quiero ver el rostro del Señor!” Me dicen mis tías que cuando se moría cantaba los cantos de su niñez, “*Al cielo, al cielo, al cielo quiero ir.*” Sí, gracias a mi abuelita Panchita, aprendí que para el cristiano, la muerte es un privilegio. Pues es el encuentro por el cual hemos venido al mundo, para que algún día tengamos la dicha de encontrarnos con el Señor y ver su rostro.

Esta historia se la comparto porque el tema esta conferencia es “Encuentro con Cristo Vivo.” Sin duda esta frase se refiere al encuentro que sucede y que experimentamos en la liturgia; además es el encuentro que celebramos cada vez que “comemos de ese pan y bebemos de esa sangre.”

El Encuentro

A Dios lo podemos encontrar en muchas formas. Haré el intento de relacionar algunas de estas formas de encuentro con la liturgia, y, específicamente, con el ministerio de la música sagrada.

Lo encontramos en la creación. Encontramos a Dios cuando lo vemos en cada criatura, pequeña y grande, pues la creación es el espejo de Dios. Los artistas, a través de su intuición creativa – y aquí los incluyo a ustedes, músicos litúrgicos – captan la divinidad que se palpa en la creación. Estoy hablando no sólo de lo que vemos, sino también en los sonidos: del agua de un rillito que corre sobre las piedras o el de una alta cascada que truenan cuando cae, o las olas que quiebran en la playa; en el ruido de pájaros, perritos y gatos, de vacas y gallinas, de ballenas, del viento, de los truenos y la lluvia. Por estos sonidos y ruidos Dios se revela. “Los cielos cuentan la gloria del Señor, proclama el firmamento las obras de sus manos....mas por todo el orbe resalta su ritmo, sus palabras llegan hasta el fin del mundo. Allí levantó una tienda para el sol” (Salmo 19). Y ustedes los músicos imitan la melodía de la naturaleza, sus ritmos y lo alto y lo bajo, lo fuerte y lo suave de sus melodías. Ustedes los cursillistas captan el espíritu al cual me refiero: “Canta el gallo, canta el gallo con el quiri-quiri-quiri-quiri-quiri. La gallina, la gallina con al cara-cara-cara-cara-cara. Los polluelos, los polluelos con el pío-pío-pío-pi, y por eso los grandes amores de muchos colores me gustan a mí. Y por eso los grandes amores de muchos colores me gustan a mí.” La música descubre y capta la música ya presente en la creación. Y lo que hacen ustedes cuando componen su música y la interpretan en la liturgia es un intento de crear el encuentro entre Dios y la congregación. Su responsabilidad es asombrosa.

El encuentro por excelencia es Dios hecho carne. Es el Verbo que se viene a “acampar entre nosotros” (*trad: Nueva Biblia Española*). Esta frase es alusión al hebreo *skene-sekinah*, que significa “Tabernáculo o tienda del Encuentro” (Ex. 33, 7), que ordinariamente se traduce “*la palabra se hizo hombre*.” En verdad el templo es para nosotros “la tienda del encuentro con la Palabra hecha carne, con el Cristo vivo. Cuando Jesucristo se hace hombre vemos la perfecta unión entre Dios y hombre.

Jesucristo es Dios y hombre, a la vez, no dividido; allí hay una unidad perfecta: las dos naturalezas Dios y hombre se unen en una sola persona. Por esto María es la Madre de Dios, porque es la Madre del Dios-Hombre que es una sola persona.

Es posible que la primera liturgia se llevó a cabo cuando la Palabra se hizo carne en el vientre de María. Allí hay encuentro, y María responde con su canto del magnificat. María es la primera ministra de música, ella es la que primero alaba a Dios en nombre de todos los que serán miembros del Pueblo de Dios.

Para mí uno de los momentos más dramáticos del encuentro entre Dios y hombre es cuando Cristo está colgado en la cruz. Allí está suspendido entre el cielo y la tierra y nos está uniendo a toda la humanidad con Dios. La parte vertical de la cruz nos recuerda que Dios viene a nosotros por medio de su hijo Jesús, y la parte horizontal de la cruz nos recuerda a nosotros, caídos por el pecado pero elevados por todo lo que trasciende lo material y terrenal.

Un encuentro sucede cuando dos personas se conocen. Muchas veces personas son presentadas por una tercera persona. En Cristo encontramos a Dios Padre; él es el “sacramento del encuentro con Dios.” Un sacramento es algo vivo y dinámico. Significa lo que hace, y hace lo que significa.

Un sacramento significa y hace otra realidad presente. Jesucristo es el “sacramento personal” del Padre. Jesucristo dice, “Quien me ve a mí ve a mi Padre, el que me escucha a mí, escucha a mi Padre.” Paralelamente, la liturgia tiene como función principal anunciar a Cristo. En la liturgia, especialmente en la eucaristía, se ejerce la obra de nuestra redención, y hace posible que los fieles expresen el misterio de Cristo (*Sacrosanctum Concilium*, no. 2). “Cada vez que comemos de este pan y bebemos de esta sangre, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.”

Así como catequistas o evangelizadores tienen la función de presentar, de introducir a Dios a los demás, y hacer posible el encuentro con Cristo, así Uds., los ministros de la música sagrada, tienen

el privilegio y deber de presentar al Dios vivo a la asamblea. Su responsabilidad es presentar a Dios a la gente y la gente a Dios. En esto Uds. participan en lo mismo que hace el que preside, el sacerdote.

Además en la liturgia ustedes ejercen y hacen palpable el sacerdocio de los fieles, el que se da en el bautismo. A ustedes les corresponde unir a los demás en la acción litúrgica con Cristo, cabeza del cuerpo místico. “Pueblo de reyes, asamblea santa, pueblo sacerdotal, pueblo de Dios, bendice a tu Señor”. En la acción litúrgica, todos participamos en el sacerdocio eterno de nuestro Señor Jesucristo.

Más aún le ayudan a la asamblea a reconocer y descubrir que Cristo está entre ellos. “Cuando se reúnen dos o tres en mi nombre, allí estoy.” En este encuentro sagrado sin igual recibimos como regalo la vida que solo él nos puede dar. “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.” También recordamos que él es “el camino, la verdad y la Vida.”

No debo olvidar decirles que el encuentro es el paso que conduce a la *comunión*. Cuando digo “*Amén*” al recibir el pan santo, estoy diciendo, “Yo creo que estoy por unirme con Cristo por este sagrado alimento. Amén, yo creo que me uno también con el Padre y con el Espíritu Santo, porque el Hijo nunca está separado de las otras Personas de la Santísima Trinidad. Amén, yo creo que Cristo está en la persona delante de mí, detrás de mí, a mi derecha y mi izquierda”. Nos unimos a la vez con todos los que han muerto en la fe y que gozan de la gloria en el cielo; me refiero a la comunión de los santos; también me uno con los santos que todavía no nacen (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, no.949 y ss.). Es un momento que trasciende el presente. “En la liturgia experimentamos a Cristo hoy, Cristo ayer, y Cristo siempre.”

Recordamos la liturgia primitiva en los primeros días del cristianismo: en Jerusalén “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (*Hechos 2, 42*).

Ritual y la liturgia

Un rito es una acción ceremonial, guiado por reglas, que un pueblo organiza y que cuando lo ejerce, se comunica con su deidad o divinidad. Los ritos se practican con el fin de pedir favores, dar gracias, o pedir perdón. Muchas veces incluyen sacrificios que tratan de complacer a su dios o a sus dioses.

Para nuestro uso cristiano, nos referimos a todo lo que nosotros los cristianos hacemos en la oración, tanto en la liturgia oficial como en la religiosidad popular. Cada pueblo latino tiene sus ritos propios, por los cuales se identifican, y por los que se relacionan con Dios, con la Virgen y con todos los santos. A la vez en sus ritos populares hay una intuición o sentimiento que los une con sus antepasados y aun con los que han de venir. Para mí la religiosidad popular es también una expresión de la comunión de los santos.

Además la religiosidad popular sigue siendo una de las maneras principales por el cual nuestros pueblos transmiten la fe de generación a generación. Por esta razón es de suma importancia mantener la música que acompaña a estos ritos del pueblo. ¿Es posible que se nos esté olvidando unos de los cantos más populares a la Virgen? “O, María, madre mía, o consuelo del mortal. Amparadme y guiadme a la patria celestial. Amparadme y guiadme a la patria celestial.”

La espiritualidad del ministro de la música

Ahora quiero enfocarme en la espiritualidad, lo que el ministro de la música trae a la liturgia. La espiritualidad litúrgica no es algo que está sólo y aparte. La liturgia nos debe conectar con la vida y lo que hacemos con ésta es lo que llevamos a la liturgia. La liturgia y nuestras vidas cotidianas deben fomentarse una a la otra. Nuestro Señor nos llamó a “adorar al Padre en espíritu y en verdad” (Jn. 4:23). Esto significa que nuestra oración y culto deben ser auténticos, y esta autenticidad tiene que reflejarse en nuestras vidas. Recuerdo oír sobre un hombre llamado Patrick. Se decía que Patrick asistía a misa todos los domingos, pero cuando murió se fue al infierno por lo que hacía el lunes.

Mientras todos nosotros somos desafiados por la necesidad de vincular la liturgia con la vida, los ministros litúrgicos en especial deben ponerle atención al reto de desarrollar una espiritualidad litúrgica mejor y más verdadera.

Nuestras vidas deben ser inspiradas por la oración y la contemplación. No podemos reunirnos en torno al altar con las manos vacías sino llenas con fe y con el amor de Dios, y esto sólo puede suceder cuando uno posee una vida de oración bien fundada. Ya que la espiritualidad está conectada con la vida diaria, estamos conscientes de que la manera en que vivimos nuestra vida de discípulos está vinculada directamente con nuestra celebración en la misa.

Creo que no sólo los lectores deben estar familiarizados con las lecturas del día sino también los ministros de música deben reflexionar sobre los textos de cada misa en que ejercen su ministerio. Los líderes de la música, los cantores y los ministros de la música tienen la obligación seria de desarrollar su espiritualidad litúrgica. Yo antes pensaba que en la música clásica los buenos músicos eran aquellos que tocaban o cantaban las notas correctas. No fue hasta más tarde que supe que los buenos músicos son aquellos que entregan su vida y su alma a la música que interpretan. Si los que interpretan música clásica o seglar están tan preocupados con el espíritu de éstas, ¿cuánto más se deben preocupar los que interpretan música religiosa?

Sugerencias prácticas

1. Esta primera sugerencia es la más importante que quiero compartir con ustedes. Se trata de apreciar y reconocer el intento del compositor. Recordemos que muchos de los textos de las canciones que cantamos en la liturgia vienen a veces de fuertes experiencias humanas y cristianas.

Piensen en el canto popular, “Pescador de Hombres”, compuesta por Cesáreo Gabaráin:

Tú has venido a la orilla,
No has buscado ni a sabios ni a ricos;
Tan sólo quieres que yo te siga.

Señor, me has mirado a los ojos

Sonriendo has dicho mi nombre,
En la arena he dejado mi barca,
Junto a ti buscaré otro mar.

Fíjense en el texto de una de las canciones compuestas por nuestro conferencista del domingo que viene, Juan Antonio Espinosa:

Desterrados, muy lejos de esa tierra
Que hace tiempo nos vio por vez primera;
Junto al fuego de unos cuantos palos secos,
En la noche cantamos nuestras penas.

Estos cantos vinieron ciertamente de experiencias sumamente profundas de la vivencia cristiana.

En la imaginación conversemos con el compositor.

“¿Qué es tu mensaje?”

El compositor nos contesta, “Examina mi texto que compuse o que escogí de la Sagrada Escritura. Que tu estilo de interpretar mi composición refleje mi mensaje. Recuerda también que hay una íntima conexión entre el texto y la música. La música le da vida al texto. La música está al servicio del texto.”

Estas ideas me las dieron varios músicos de música sagrada y también de música seglar cuando les pregunté “¿Qué debo decirles en la conferencia de músicos pastorales hispanos?” Me dijo un miembro de un trío que interpreta música seglar mexicana que cuando él fue seminarista, su maestro de música siempre insistía, “¡Concéntrate en las palabras!” y ahora ese mismo consejo le ayuda aún en la interpretación de música seglar. Me dijo Mary Frances Reza que “el texto tiene poder” especialmente cuando es tomado de la Biblia. Ese texto evangeliza, convierte y transmite la gracia del perdón del amor y de la paz.

2. ¡Canten con ganas! Recuerden que su música tiene impacto profundo en el corazón de quienes los escuchan. Me dijo Salvador Hernández, un intérprete de música mariachi en Las Cruces, que cuando él canta, él quiere “¡que la gente se sienta bonito!”

Me compartió Carlos Corral, uno de mis colegas en la Diócesis de Las Cruces, que él se crió en un pueblito llamado El Ojito en el estado de Chihuahua. Siendo todavía niño lo trajeron a los Estados Unidos, y él pensó que al Dios que él conoció en El Ojito ya no lo iba a sentir, puesto que allá lo había dejado en ese pueblo. Cuando lo llevaron a una iglesia en Nuevo México, él vio la imagen de la Virgen de Guadalupe, y empezó a sentirse en casa, y cuando oyó un canto que también cantaba en El Ojito, llegó a la conclusión, “Aquí también está Dios.” Su hijo Andrés, cuando era pequeño, salió de la misa con mi amigo Carlos, y cuando iban en el carro a la casa, el niño le preguntó a su papa, “Dad, what does ‘the Lord is kind and merciful’ mean?” El le preguntaba a su papá qué significaba lo que había oído en el salmo responsorial, “el Señor es bueno y misericordioso”. La repetición del refrán del salmo permanece en la mente de los niños. Salvador Hernández, al que me referí anteriormente, dice que su niña de unos tres años, se distrae durante la misa y empieza a jugar. Sin embargo, cuando llega la hora de cantar el Padrenuestro, esa niña como que despierta, se pone de pie, con sus manitas juntas, canta con toda la asamblea el Padrenuestro, y esto sucede cada vez que van a misa.

La canción en la liturgia tiene que venir de adentro, del corazón, del alma, pues la música es un don de Dios y también es el lenguaje del corazón. Como me dijo Salvador, la música expresa nuestros sentimientos, y como compartió conmigo Mary Frances una cita de Arturo Campos, historiador de Nuevo México, “el canto es la manifestación más lírica y más subjetiva del alma de cualquier pueblo, y en su música, escuchamos el ritmo del pueblo.”

3. El ensayo es indispensable. Dado que su función es de suma importancia en darle vida a la liturgia, se tiene que trabajar para lograr la mejor ejecución de la música en la liturgia. ¡Por esta

razón los ensayos no sólo son importantes y útiles sino que son absolutamente necesarios! El músico de la liturgia tiene que estar bien preparado y haber ensayado seriamente. En la música litúrgica la improvisación no es aceptable.

4. Sean creativos pero no tomen el papel de artistas. Animen a que los demás en la asamblea también canten. Recuerden que su papel no es de divertir. La atención debe dirigirse hacia lo que sucede en el altar no en los que ejecutan la música. Es posible que en su creatividad puedan interpretar la cultura del lugar. Por ejemplo, en Capitán, Nuevo México, un lugar de vaqueros o “country”, los músicos cantan “Bendi-i-to, bendi-i-to”.

5. Incluyan a gente nueva y sobre todo a jóvenes en sus coros. A veces los coros se convierten en grupos exclusivistas y con dificultad una persona nueva logra ser parte del coro. Es importante incluir a jóvenes, puesto que nosotros los viejos, algún día tendremos que dejar el ministerio musical, y alguien tiene que tomar nuestros puestos.

6. Aprovechen un poco tiempo antes de la misa para ensayar a la asamblea. Esto es de suma importancia, especialmente cuando se está introduciendo un nuevo canto. También es bueno ensayar el salmo responsorial. Entre más experimento la liturgia, más veo la importancia de ese salmo. No hay otro canto que tiene tanta posibilidad de penetrar los corazones y que contribuya al aspecto contemplativo en la liturgia. El otro día tuvimos tres ordenaciones en nuestra catedral en Las Cruces. Nunca habíamos tenido más que una ordenación en una ceremonia. Fue una misa inolvidable y cuando yo le pregunto a la gente que cómo les gustó la ordenación, se les llenan los ojos de lágrimas, tan grande y hermosa fue su emoción. Y cuando les pregunto qué parte les gusto más, me dicen, “Cuando cantamos el salmo responsorial.” Es que la cantora cantó con toda su alma, “qué alegría cuando me dijeron ‘vamos a la casa del Señor, vamos a la casa del Señor’. I rejoiced when I heard them say ‘let us go to the house of the Lord, let us go to the house of the Lord.’”

7. No olviden a los niños. Primero, no hay que perder los cantos sencillos que nosotros aprendimos de nuestros abuelos. ¿Cómo es que logramos transmitir de generación en generación las canciones seculares de Pedro Infante, de Lola Beltrán, de Agustín Lara y de José Alfredo Jiménez? También podemos y debemos enseñar la música sagrada a las futuras generaciones. Creo que no estamos aprovechando la música en los programas de educación religiosa. A través de la música podemos enseñar la doctrina cristiana. Hablando de niños, quiero retarlos a ustedes los compositores a que compongan música nueva para los niños.

8. Canten canciones apropiadas para los momentos específicos de la misa: la procesión, la presentación de ofrendas, aclamaciones, la comunión, la meditación, y la salida.

9. Cuidado con su comportamiento durante la liturgia. Antes esto no era tan necesario, puesto que el coro tenía su lugar propio en lo que llamábamos, “el coro”; el coro se oía, no se veía. Ahora el coro suele estar enfrente, a la vista de toda la asamblea. Tengan cuidado de su comportamiento y no estar leyendo la música, por ejemplo, durante las lecturas o durante la homilía. Mantengan siempre un aspecto de piedad y de atención reverenciosa y así darán buen ejemplo a los demás.

10. Denle mucha atención a su vida de oración. Para todos nosotros que dirigimos al pueblo en la oración oficial de la iglesia, es indispensable que mantengamos una vida de oración personal y comunitaria. Todos podemos darle más atención a la oración. Ninguno de nosotros está satisfecho con el tiempo y la calidad de nuestra oración. Es cierto que entre más rezamos, más queremos rezar, y entre menos rezamos, menos queremos rezar. En este contexto les recomiendo que organicen retiros y que consideren retiros con coros de otras misas y de otras parroquias. Además de rezar juntos, también pueden aprovechar la ocasión de cantar juntos y así enriquecerse coros entre coros.

Conclusión

Para terminar quiero darles las gracias por los esfuerzos que hacen de traer nuestros mejores regalos musicales al trono de nuestro Señor. Su trabajo es de hacer, como dijo Salvador Hernández, que la gente se sienta bonito. Ustedes nos ayudan a rendirle alabanza y gloria a nuestro Dios, y por eso en nombre de todos nosotros, les doy gracias. No les voy a cantar, pero sí les voy a repetir las palabras de “El Tamborilero,” del niño que no tenía oro, ni mirra, ni incienso para reglarle al niño nacido en Belén. Sólo le trajo el “rom pom pom pom” de su tambora.

El camino que lleva a Belén
baja hasta el valle que la nieve cubrió.
Los pastorcillos quieren ver a su Rey,
le traen regalos en su humilde zurrón
al Redentor, al Redentor.
Yo quisiera poner a tus pies
algún presente que te agrade Señor,
mas Tú ya sabes que soy pobre también,
y no poseo más que un viejo tambor.

(rom pom pom pom, rom pom pom pom)

¡En tu honor frente al portal tocaré con mi tambor!

El camino que lleva a Belén
voy marcando con mi viejo tambor,
nada hay mejor que yo pueda ofrecer,
su ronco acento es un canto de amor
al Redentor, al Redentor.

Cuando Dios me vio tocando ante El, me sonrió.